

Hace poco soñé también que tenía relaciones sexuales con Hans. Para mí no fue nada inquietante y tampoco me inquieté después de despertarme.

Sueño repetidamente que tengo otro niño y siento toda la ternura; más que eso, ya que en los sueños se tienen sentimientos más intensos. Es una sensación física indeciblemente dulce y encantadora la que tengo en estos sueños. Primero era Peter el que yacía aquí y dormía, y luego le cubría y era un niño muy pequeño del que emanaba ese cálido aroma. También en otros sueños la sensación supera a la percibida durante la vigilia. Cuando sueño que tengo relaciones sexuales —lo sueño raras veces— tengo una sensación insoportable, como si tuviera que morir.

Mi vida sexual tiene lugar en esta fase de malestar casi exclusivamente en sueños. Mi deseo de sexo es muy poco frecuente, tan débil y tan malhumorada estoy. Esto es malo. También está debilitado en Karl, aunque él lo desearía más a menudo que yo.

Entro lentamente en el periodo de mi vida en que el trabajo está en primer plano. Cuando los dos niños se fueron de viaje en Pascua, casi lo único que hice fue trabajar. Luego dormir, comer, pasear un poco. Pero sobre todo trabajar. Y, sin embargo, no sé si a un trabajo así no le faltará la «bendición». Sin distraerme con ningún otro sentimiento, trabajo como una vaca pasta hierba, pero Heller dijo una vez que esa tranquilidad era la muerte. Es posible que en realidad ya sea capaz de «crear» poco más. Las manos trabajan y trabajan y la cabeza piensa en producir Dios sabe qué, y, no obstante, anteriormente, con un horario laboral muy reducido, era más productiva porque era más sensible, vivía como ha de vivir un ser humano, interesada en todo con pasión.

Eso me atormenta. La potencia, la potencia disminuye...

*Abril 1910.* Ayer, por la noche, estuve invitada a una reunión con personas que quieren organizar de nuevo la exposición sin jurado. Fue interesante conocer allí a Pechstein, a Kober

y a otros dos jóvenes rechazados por la Secesión. Sus trabajos no me dicen absolutamente nada: los tengo por mamarrachadas sin talento que cualquier alumno de academia con algo de capacidad puede lograr. Pero ellos se creen los Manet del futuro. Pechstein dice: «A mí la exposición sin jurado me la trae al fresco, yo me impongo», etc. Ahora pertenezco ya a la generación adulta que ya ha llegado hace tiempo y que le quita sitio y luz a la juventud. Muy interesante la ola cada vez más inflada de los jóvenes. No *pueden* ser comprendidos por los que han madurado ni por aquellos que tienen saber y oficio, pues apenas traen aspectos positivos. Éstos se encuentran en la fantasía de la juventud. Pero la juventud tiene el derecho a mirar el futuro con esos ojos llenos de fantasía, al igual que los que ya no son jóvenes tienen el derecho a reírse de los valores ilusorios de los más jóvenes y a apartarse de ellos para ocuparse de sus cosas más maduras.

Liebermann, en la inauguración de la presente Secesión, la 20, no ha tenido pelos en la lengua. Habló del regreso al oficio. Me parece que ya hace tiempo que resopla en silencio sobre ese culto esquemático que se efectúa con Cézanne, Gauguin, Van Gogh, Maillol, Rodin. Ahora habla en contra quien con su gran autoridad tendría que haber hablado hace mucho. ¿Tendrá que ver, tal vez, ese discurso con que en este año el Estado ha prometido, por primera vez, subvenciones económicas?

*Abril 1910.* Ahora me va con el trabajo de tal manera que he olvidado por completo cómo me aburrí *perdidamente* el último otoño. Qué vacía me sentía, qué abandonada e improductiva. Ahora trabajo día tras día, semana tras semana; estoy tranquila, contenta, he recuperado el equilibrio. Quién sabe cuándo se interrumpirá todo de repente y volveré a secarme y a ser estéril, incapaz de nada bueno. Eso puede venir de golpe. ¡La menopausia!

Escuché el *Parsifal*, los solistas y coros en la Filarmónica. Muy bonito, solemne, fuerte. La procesión de los caballeros del grial, el tañido de las campanas, los coros robustos de los hom-

bres, las voces infantiles elevándose, oscilantes, a las mayores alturas: «Tomad su pan», etc.

Este periodo de mi vida me parece muy bonito. Aún no me han afectado grandes y graves dolores; mis queridos hijos se vuelven más independientes. Ya veo el tiempo en que se emancipen y por el momento lo veo sin dolor. Pues entonces serán *maduros* para llevar una vida *enteramente* propia, y yo aún soy lo suficientemente joven para una vida propia.

*Junio 1910.* [...] He leído, de Hugo von Hofmannsthal, varios relatos breves y la «Venecia salvada». En sus relatos breves es muy característico. En uno narra la historia de un joven rico y de sus cuatro sirvientes. Esta historia tiene mucho de espantoso y es muy hofmannsthaliana. La aventura del general Bassompierre, inspirada en las narraciones goethianas de emigrados, es, en mi opinión, muy bonita, escrita con un lenguaje florido y sensual; me recuerda algo al *Decamerón*. Luego está la historia de un capitán italiano que también encuentro lograda, aunque el horror que hay en ella ya es algo exagerado. Luego la bella carta que ha escrito con motivo de su incapacidad productiva.

La «Venecia salvada», en cambio, no me gusta. Tanto aquí como en «Electra» hace alarde de demasiada erudición para dar la sensación de una fuerza que no posee. Tiene el mismo efecto que si una persona con la voz suave comenzase a gritar. También resulta impotente su intento, mediante la descripción de crueldades y placeres voluptuosos, de dar la impresión de fuerza: la que a él precisamente le falta...

*18 de agosto 1910.* [...] Cuando, como en los momentos del periodo, el cuerpo se ve atravesado por una sensación sexual, mi percepción entera se altera y entonces veo claramente cuánto pierdo con la desaparición de la sensualidad. Sentimiento, amor, interés están aquí y vuelven a desaparecer cuando se retiran las emociones. A menudo me siento casi marchita. El invierno pasado sabía trabajar, y eso no me dejó sentir así la sequedad. Pero ahora ni siquiera sé trabajar. ¿Habrá acabado

todo ya? Y, sin embargo, aún no soy asexual, sigo teniendo el periodo. ¿Cómo me sentiré cuando ya no lo tenga?

*29 de septiembre 1910.* La señora Naujok posa de modelo desde hace tres semanas para el grupo. Me gusta mucho. Es franca, bondadosa. Alimenta ella sola a su marido enfermo. Está enfermo desde hace siete años, no creo que ella tenga esperanzas de que se recupere. Ella lo desea, pero si no se cura, entonces se casará con un hombre sano y se irá a vivir al campo. Su marido tiene 34 años; ella, 28. Se le murió un hijo pequeño. Al principio posaba sentada con el pequeño Hermann Sost. Era espléndida con el niño: cómo lo tenía en el regazo y jugaba con él. Al niño le gustaba mucho su desnudez, se comportaba con ella como un animalito, como un pequeño fauno. Y ella también está llena de un placer bondadoso y animal. Posee esa manera disparatada de parlotear con los niños que tanto se adapta a ellos. Como el chiquillo tenía piojos y sólo se estaba quieto cuando dormía, tomé a Trudchen Schulz de modelo. Tiene la misma edad que el niño, pero se sienta la mar de tranquila y se puede trabajar muy bien con ella. Además está muy bien formada, es muy bonita. Pero ella no deja de pensar en el pequeño Hermann, en el «cabritillo», con sus «gruesos labios de negro» y la «nariz blanca por la comida».

Ayer fue nuestro aniversario de compromiso. Hace veintiséis años caminábamos por la explanada delante del Königstor y por el Rossgarten, regresando por la Königstrasse. Karl volvió a regalarme rosas. Por la noche dijo que *nunca* había lamentado que nos comprometiéramos aquella vez; sólo en el periodo con Heller había pensado que hubiese sido mejor que no se hubiese llegado a aquello. Desearía morirme después de Karl. Yo estaría en disposición de soportar mejor la vida solitaria. También tengo una relación más íntima con los niños. Pero si muero, Karl no soportaría la soledad. Él quiere a los niños y daría la vida por ellos, pero, no obstante, entre ellos hay un distanciamiento. A menudo eso le entristece mucho. Piensa en los tiempos en que yo vivía con los niños en Briese, cómo Hans corría a su encuentro con su babi claro cuando Karl salía

el domingo por la tarde. Peter ya era algo retraído con Karl de pequeño, pero Hans le quería. Y ahora Hans permanece la mayor parte del tiempo callado cuando Karl está presente, no hay una conexión entre ellos como la que hay entre los niños y yo. Por eso Karl estaría insoportablemente solo si yo muriera antes que él. No conozco a otra persona que pueda amar tanto, así, con toda su alma. A menudo ese amor me ha atormentado; yo quería ser más libre. Pero con frecuencia también me ha hecho feliz. Apenas creo que le pueda dejar por mucho tiempo. El envejecer es en parte una adaptación y adecuación forzosa. Aún hace un año deseaba, si Hans estuviera fuera de casa —en cualquier caso, si los dos estuviéramos fuera de casa—,irme por largo tiempo. A París. Ahora lo deseo mucho menos. Ahora voy a trabajar tanto como lo necesito, eso es lo principal...

*9 de octubre 1910.* [...] He terminado a grandes rasgos el grupo de la madre con el niño; ahora haré que lo vacíen en yeso y espero que en invierno pueda esculpirlo en piedra blanda, en un formato reducido. [...] Estuve en la exposición Blanco-Negro de la Nueva Secesión. Lentamente comienzo a vislumbrar lo bueno que puede tener esta nueva corriente. Precisamente «irrita, causa impresión y ha de crear como un demonio». Cuando después fui al salón contiguo, donde colgaban las obras de los Refusés, la falta de talento que allí predominaba tenía un efecto aun peor que las porquerías de los Nuevos Secesionistas.

La señora Naujok dejó el jueves de posar para mí y se fue a ver al viejo Begas. Al parecer está agonizando. Me contó la señora Naujok que él había pedido el jueves que fuera ella y otra modelo; quería verlas una vez más desnudas y cada una recibiría diez marcos de despedida. Cuando fueron, encontraron allí a otras trece modelos, pero no se dejó entrar a ninguna. Así que se fueron todas afligidas sin su recompensa. Es probable que no se haya dicho nada de la despedida de Begas.

Hace unos días, con Konrad en el Pequeño Teatro. Dos piezas de Wedekind. En la «Censura» se representaba él a sí mismo

como el buscador desconocido de Dios. Su mujer también se representaba a sí misma como una criatura sensual, bella, egoísta y exigente. A veces tuve una sensación casi desagradable, como si me desnudara a mí misma...

*11 de octubre 1910.* [...] Hoy por la mañana mostré mi grupo a Alexander, Lise y Kauders; también las pequeñas esculturas y los nuevos trabajos.

Alexander Oppler estuvo conmigo para ver mi grupo. Me dijo lo que realmente ya sabía, que mi trabajo como *trabajo* no es suficiente. Él es precisamente escultor de profesión que termina del todo sus trabajos. El aspecto tridimensional. Tiene razón y no la tiene. Suponiendo que encuentre un modelo que corresponda exactamente a su idea, que precisamente adopte la posición deseada, podrá hacer algo, sí, podrá hacer un trabajo maravilloso. Pero si no encuentra ese modelo, entonces está perdido. Como él dice, no ha hecho determinados trabajos por no haber encontrado el modelo adecuado. No se conforma con un mal modelo. Eso me recuerda cómo habla Böcklin de los pintores que nunca se ponen a trabajar porque no paran de hablar de la falta de modelos. Pero Oppler tiene razón en que lo que hago ahora son cosas diletantes.

*Noviembre 1910.* [...] Tolstói ha huido de su propiedad a un lugar en el que pueda vivir según sus deseos. Ha llevado consigo a su médico. Huye de la familia, de los visitantes, de los vendedores de fonógrafos y cinematógrafos. Quiere vivir por fin como él considera conveniente. Tiene 82 años.

La representación de *Edipo* el 7 de noviembre. Grandiosa y de gran fuerza. Aunque no sea sofoclea ni tampoco antigua, y aun cuando sea de estilo circense («Rey Edipo en Karlshorst»), es, no obstante, algo *nuevo*, excitante, colosal en las dimensiones, de efecto trágico. El pueblo después del anuncio de la muerte de Yocasta arrojado en el palacio hacia delante y hacia atrás como un furioso oleaje. La vorágine. Cuando luego aparece el cegado Edipo, el grito suspirante con el que el pueblo re-

trocede estremecido hasta salirse del escenario. Hay que ver a Edipo cómo habla al coro desde su altura solar; cómo mira el coro como una masa aletargada y parece oírle sólo de manera confusa, casi contra su voluntad, con la expresión enojada e impaciente de un hombre que oye algo desagradable. Luego sus gritos cuando sale del palacio, sus lamentos desconsolados. Y hay que ver a Yocasta con la boca de color rojo sangre, cómo extiende los brazos horizontalmente y mira hacia lo ineluctable.

Y, por último, la ovación, digna de tal representación.

Me ha elevado todo el día como si hubiese escuchado la *Nove-na sinfonía*...

16 de diciembre 1910. [...] Durante mi enfermedad quería tanto a Karl, le anhelaba tanto, y me alegraba que estuviera conmigo media hora. Estos sentimientos amorosos hacia él son ahora tan raros; a menudo lo veo con una sobriedad tan desconsolada, con una indiferencia desalentadora. Y no es porque no le quiera, sé que le quiero, pero eso es un mero saber, no hay ningún sentimiento hacia él; ese sentimiento amoroso celestial, productivo, bienhechor, que todo lo invade, se reduce cada vez más. Veo a los niños más a menudo que a Karl, los veo en su juventud, florecientes, flexibles. Karl se encoge frente a ellos, se vuelve cada vez más pequeño, sus miembros más cortos, la actitud contraída y artificial, el rostro arrugado, ajado, nervioso. Es el mismo efecto que yo causo. ¿Dónde está aquí el enamoramiento? Se seca. De vez en cuando una fase sensual, en él más que en mí, y habitualmente sin coincidir en los dos. Por mucho que haya hablado mal del estado patológico del amor, está claro que el hombre no enamorado acusa la falta cuando él mismo tampoco lo siente siempre. Nota lo que le falta cuando vuelve a enamorarse; uno tiene la sensación como si todas las venas se llenaran de repente de sangre.